

Erriko festak

Dejadas atrás las diferentes celebraciones que se distribuyen en los meses de invierno, como, entre otras, son las comprendidas en el periodo navideño, la Candelaria, San Blas, Santa Agueda y las carnestolendas o *iñauteriak*, no sujetas, estas últimas, a data fija y de estrecho nexo con la Cuaresma, nos asomamos a las distintas conmemoraciones que tienen reservada su fecha dentro de nuestra primavera y el verano. En mi calendario de uso particular, las primicias de este periplo festivo las reservaba para las patronales de Oreja, al igual que lo hacían muchos otros jóvenes de la zona comprendida entre Tolosa y Betelu. Es muy difícil que se borren de mi magín las fiestas que, el 3 de mayo, día de la Invención de la Santa Cruz, tienen como escenario este minúsculo pueblo colindante con Navarra.

El pintoresco Noble y Leal Lugar de Oreja, emplazado en plena montaña, en lugar abrupto e incómodo, tiene, y esto quizás sea una apreciación subjetiva, cierto aire de pueblo navarro, cosa que por otra parte nada tendría de particular, por su ya señalada condición geográfica, de comunidad lindante con el antiguo Reino.

En Oreja recordaremos siempre nuestras, aunque no muchas, periódicas y espaciadas visitas a Nicolás Ormaechea *Orix*, a aquel zagal o *artzai mutil orexarra* que llegó a ser reconocida y egregia figura de las letras vascas, como todos bien sabemos o debiéramos saber, y no olvidaremos al *artetsu* herrero y constructor de relojes Ignacio Zubillaga. Zubillaga, padre de tres artesanos asimismo de acreditado nombre, aprendió el oficio en la fragua que Bonifacio Yeregui contaba en la villa de Betelu, y en afortunado detalle que ahí queda, y esto lo digo en toda la acepción de la frase, el primer ingenio para medir el tiempo que salió de sus manos sería destinado a la torre de la pequeña iglesia parroquial de su pueblo natal. A la torre que, airosa, se levanta sobre la fábrica del templo, a su vez encaramada en un bello promontorio.

Y en Oreja evocaremos al cura Montes, harto desconocido en nuestros días. Amigo del conde de Villafuertes, Jefe Político de la Provincia durante los dos periodos constitucionales (1813-14 y 1820-23), del clérigo *orexatarra* es la lacónica y en su tiempo, y aun más tarde, muy celebrada frase de *Enterado, Montes*. Montes nació en la última década del siglo XVIII. Fue musicólogo de

amplios conocimientos y aventajado matemático. A él se deben algunos de los relojes de sol que se conservan en varios de nuestros pueblos.

Hemos mentado a *Orix* y ha sido señalada la naturaleza escarpada de Oreja. Y haciendo alusión a esta condición de pueblo escabroso es como se le atribuye al autor del poema *Euskaldunak* el comentario siguiente: *Orexan bizi dena, inpernuan ere biziko dek*, El que vive en Oreja, ya vivirá también en el infierno.

Mas, por lo visto, no todos sus paisanos eran de la misma manera de pensar. Es el caso de un nonagenario *etxejauna* que guardaba cama y recibió la visita del *erriko apaiza* o cura del pueblo. Para consuelo del enfermo, al sacerdote no se le ocurrió idea mejor que la de recordarle, de manera reiterativa, la luenga vida que había disfrutado con salud y rodeado de los suyos. A esta meditación tan socorrida como a menudo inútil para el hombre en esas circunstancias, el encamado respondería con filosofía de buena ley, muy propia en el aldeano, en la presente ocasión, del viejo *orexarra*: *Protxua daukat mundu ontan pasatutako urteekin. Emendik aurrerakoak bear ditut..., emendik aurrerakoak...* (Pues sí que me sirven para algo los años que he pasado en este mundo. Los que necesito son los que están por venir..., los que están por venir...).

Pero vemos que el pueblo más pequeño resulta suficiente para que uno se pierda, al menos en los predios de la divagación. Es lo que nos ha ocurrido a nosotros al pergeñar estas líneas, puesto que al fijarnos en Oreja, en función de la conmemoración de la Invención de la Santa Cruz, nos hemos ido, un poco al menos, por los cerros de Ubeda.

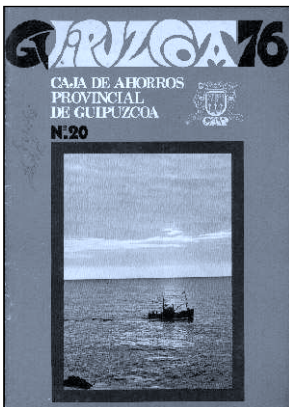
Esta fecha del 3 de mayo abre un breve paréntesis dentro del quehacer cotidiano de la vida rural de Oreja. Altera su modesto mundo pastoril e interrumpe el ingrato y duro trabajo de la gleba reservado para sus vecinos, cuyo número descende paulatinamente.

La solemne Misa Mayor, con coro reforzado por varias voces, el caldo en la taberna de recios y añosos bancos y mesas de madera, la exhibición de *aizkolaris* y la intervención de un par de inspirados *bertsolaris*, que desde el balcón o la ventana de la casa concejil se dirigirán al auditorio, completarán el mañanero capítulo de las fiestas programadas hace unos años atrás.

A continuación de la copiosa reunión gastronómica, con las primeras horas de la tarde, la plaza se veía animada por la presencia de los niños que, en pequeños grupos y previo sibilino y amistoso conciliábulo acerca de sus posibilidades monetarias, se acercarían, primero con timidez e indecisión y, después, con jolgorio y confianza, a la rosquillera. A la rosquillera que en los dominios de su tenderete repartía la suerte valiéndose de la baraja y siguiendo la consuetudinaria fórmula del *bata, bia, irua, laua, bosta, seis, zazpia, txota, zaldun da errege*. El ganancioso de turno se haría cargo, por poco tiempo, de la clásica *piper-opilla* y se las veía y deseaba para lograr un reparto equitativo, entre sus amigos.

Más tarde, los *dantzaris* del *ingurutxo* se dejaban ver por la plaza, y el *txistulari*, personaje principal de la fiesta, interpretaría improvisados arpeggios que ponían a punto su instrumento, al tiempo que los espectadores tomaban las posiciones más estratégicas y cómodas a su condición.

Con el baile del *ingurutxo* y la romería se cerraba el capítulo festivo de la jornada, el lento tañido del Ave María acallaba las últimas notas interpretadas por el *txistulari*. El día alcanzaba el crepúsculo vespertino. Había llegado el *illunabarra* de este 3 de mayo y la plaza de la aldea, envuelta en un sugerente claroscuro, quedaba vacía y triste. Era la hora en la que hoy comienza la fiesta y los chicos de rostro ligeramente congestionado y las jóvenes endomingadas acuden por zigzagueante camino o a través de sinuosa carretera a esta misma cita de la rústica plaza del Noble y Leal Lugar de Oreja.



Erriko festak / Juan Garmendia Larrañaga. – En : *Guipúzcoa. Revista informativa de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.* – San Sebastián: Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. – N° 20 (1976), p. 16-17. – OC. T. 8, p. 89-91